

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario). Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

AGOSTO 31 DE 1925

NÚM. 6

José Conrad

El huésped secreto

(Traducción de M. Latorre, especial para ATENEA)

 mi derecha, filas de estacas semejaban un misterioso enredo de palizadas de bambú medio sumergidas, dejando ver prodigiosamente el dominio de los países tropicales; y su aspecto deteriorado hacía creer en alguna tribu nómada de pescadores que los hubiese abandonado para siempre, pues hasta perderse de vista no se veía ninguna habitación. A mi izquierda un grupo de islotes desnudos, semejantes a murallas, a torres, a fortines en ruinas, hundían sus cimientos en un mar azul, que daba la impresión de ser sólido, tanta calma y estabilidad reinaba en toda su extensión: el mismo trazo de luz que proyectaba el sol poniente brillaba, dulce, sin ese centelleo que provoca en la superficie del agua arrugas imperceptibles. Y cuando volví

la cabeza para echarle una última ojeada al remolcador que acababa de dejarnos, anclado fuera de la barra, vi la línea recta de la costa plana ajustarse al mar inmóvil de borde a borde, en una perfección absoluta, como un gran parquet perfectamente unido, medio oscuro, medio azul, bajo el enorme dombo del cielo. Como un contraste, frente al insignificante puñado de islotes sobre el mar, pequeños grupos de árboles, a cada lado del único defecto de esta impecable juntura, indicaban la boca del Menam, que acabábamos de dejar, en la primera etapa de nuestro viaje de retorno; lejos, en la llanura de tierra adentro, masa más grande y más elevada, el bosque que rodea la pagoda de Paknam era el único objeto sobre el cual la mirada podía detenerse en su vana tarea de explorar el horizonte. Aquí y allá, luces semejantes a trozos de plata desparramada, marcaban los contornos del gran río; y sobre la más cercana de ellas, precisamente en la misma barra, el remolcador, hundiéndose recto en el río, se perdía poco a poco, casco, chimeneas y mástiles, como si la imperceptible tierra se lo hubiese tragado sin esfuerzo alguno. Yo seguí la ligera nube de su humareda por encima de la llanura, según los meandros vagabundos del río, siempre más débil y lejana, hasta que al fin se perdió tras la elevación en forma de mitra de la gran pagoda. Entonces me quedé solo con mi navío, anclado a la entrada del golfo de Siam.

Próximo a un largo viaje, inmóvil en esta calma inmensa, la sombra de su arboladura se proyectaba en el crepúsculo del trópico. Yo estaba solo en el puente. No se oía ruido alguno; nada alentaba alrededor nuestro, nada vivía, ni una piragua sobre mar, ni un pájaro en el aire, ni una nube en el cielo. En este instante en que el mundo parecía retener su aliento, diríase que en el comienzo de un largo viaje, medíamos nuestras fuerzas para una travesía larga y penosa; debíamos cumplir ambos, el buque y yo, nuestra misión lejos de toda mirada humana, sólo el mar y el cielo como únicos expectadores y jueces.

Algún deslumbramiento en el aire debió ofuscar mis ojos, pues fué sólo en el momento de ponerse el sol cuando mi mirada

errante descubrió, por encima del principal islote del pequeño archipiélago, algo que vino a destruir lo solemne de esta perfecta soledad. La ola de tinieblas se deshacía rápidamente; y con esa rapidez imprevista, habitual en el trópico, un enjambre de estrellas surgió sobre la tierra sombría, mientras yo permanecía aún, la mano apoyada en el maderamen de mi buque, como sobre la espalda de un amigo ya probado; pero esta muchedumbre de estrellas que os miraban fijamente había disipado para siempre el bienestar de una apacible comunión con él. Al mismo tiempo oí ruidos molestos; voces, pasos; el *steward* * se apresuraba sobre el puente, espíritu organizador y atareado; una campanilla sonó impetuosamente bajo la toldilla.

Encontré a mis dos oficiales, que me esperaban cerca de la mesa servida en un camarote iluminado. Nos sentamos y sirviendo al segundo le dije:

—¿Sabe Ud. que hay un buque anclado en las islas? Yo he visto las puntas de sus mástiles por encima de la tierra, a la puesta del sol.

Levantó vivamente su cara sencillota, que ensombrecía una terrible exhuberancia de barba, y empezó a lanzar sus exclamaciones habituales:

—Dios me valga. Capitán ¿quién lo creería?

Mi otro oficial era un joven de redondas mejillas, silencioso, demasiado serio para su edad, me parecía; pero como nuestras miradas se cruzaron, sorprendí en sus labios un ligero temblor irónico. Bajé los ojos, sobre la marcha. No estaba en mi temperamento fomentar la burla a bordo. Es necesario confesar, por lo demás, que yo conocía muy poco a mis oficiales. A raíz de ciertos acontecimientos que sólo para mí tiene interés, fui nombrado capitán; hacía de esto sólo quince días. No conocía mejor a la tripulación. Todos estos hombres habían servido juntos desde hacía diez y ocho meses; era, pues, el único extraño a bordo. Menciono este hecho, porque tiene alguna importancia en lo que va a seguir. Sentíame extranjero en el buque; y para

* El *steward* es el mayordomo de a bordo.

decirlo todo, algo extranjero para mí mismo. Siendo el más joven de a bordo (a excepción del teniente) y no habiendo sido puesto aún a la prueba de una situación que denotase responsabilidad, no ponía en tela de juicio la capacidad de los demás. Bastaba con que estuviesen a la altura de su misión, pero yo me preguntaba hasta qué punto me mostraría fiel a esta idea de la propia personalidad que cada uno construye por su parte y para su propio uso.

Entre tanto, el segundo, con sus ojos redondos y sus espantables barbas que parecían colaborar en todo lo que decía, se puso a desarrollar una hipótesis sobre la presencia de este navío anclado. El rasgo dominante de su carácter era tomarlo todo a lo serio. Su lógica era meticulosa y documentada. Como él decía, le gustaba *darse cuenta de las cosas* que se le presentaban, hasta de un desgraciado escorpión que encontró en su cabina hacía una semana. El cómo y el por qué de este escorpión, cómo había llegado a bordo y por qué había escogido su cámara y no la despensa (lugar oscuro que le habría convenido más al escorpión) y cómo había procedido para ahogarse en el tintero de su escritorio, lo había preocupado infinitamente. La presencia del navío en las islas era mucho más explicable; y al levantarnos de la mesa, observó: «Era, indudablemente, un navío recién llegado. Había, probablemente, mucha corriente para atravesar la barra en la baja marea; y esperaría las pleamares, sondeado en este puerto natural, mejor que en una bahía abierta».

—Justo, confirmó de improviso el teniente, con su voz ligeramente ronca; la corriente es muy fuerte. El buque viene de Liverpool, la *Séphora*, con un cargamento de carbón. Ciento veinte días desde Cardiff.

Lo miramos con asombro.

—El patrón del remolcador me lo ha dicho, cuando vino a bordo a buscar vuestra correspondencia, Capitán, explicó el joven. Espera hacerlo remontar la corriente pasado mañana.

Después de habernos aplastado con sus conocimientos, salió del camarote. El segundo observó con pena que *no podía darse*

cuenta del modo de ser de este muchacho. Preguntábase lo que le había impedido comunicarnos todo sobre la marcha.

Como estaba a punto de salir, lo retuve. Los dos últimos días, la tripulación había tenido mucho trabajo; y casi no había dormido la noche anterior. Pensé con fastidio que yo, un extraño, hacía algo insólito cuando le dí la orden de hacer entrar la tripulación sin haber establecido el turno. Me proponía estar yo mismo de guardia hasta la una de la mañana. Entonces iría a buscar al teniente para que me relevase a esa hora.

—Llamará Ud. al cocinero y al *steward* a las cuatro, terminé: más tarde se golpeará en vuestro camarote. Por supuesto, a la menor señal de viento se hará subir la tripulación sobre cubierta para aparejar inmediatamente.

Disimuló su admiración.

—Muy bien, Capitán.

Apenas salió le oí golpear la puerta del teniente para comunicarle la increíble fantasía que había tenido de hacer yo mismo cinco horas de guardia. Oí elevar la voz al otro con tono de incredulidad:—«Cómo ¿el mismo Capitán?» Después algunos murmullos: golpeteó una puerta, luego otra. Poco después, subí al puente.

Esta impresión de novedad que me había quitado el sueño, me inspiró la orden anormal que sorprendió la oficialidad, como si de esas horas solitarias de la noche yo hubiese esperado el conocimiento de un navío del cual nada sabía y de una tripulación de la cual tampoco sabía gran cosa. Amarrado al malecón, repleto, como todo barco en el puerto, de un amontonamiento de cosas extrañas, invadido por una muchedumbre de individuos que no eran de su dotación, apenas si lo había visto realmente hasta aquí. Ahora, próximo a hacerse a la mar, toda la extensión de su cubierta me parecía bella bajo la noche estrellada. Gallardo el porte, firme el casco y elegante la arboladura. Descendí la escalera de la toldilla y empecé a pasearme en la pasarela del puente, mientras en mi espíritu se representaba la futura travesía por el Archipiélago Malayo, la bajada al Océano Indico y luego el ascenso al Atlántico. Todas estas fases de

la navegación me eran familiares, todas las características, las alternativas que debían presentarse a mi mente en alta mar, todo, salvo la nueva responsabilidad del comando. Pero me reconfortaba la idea razonable de que este navío era como los otros navíos, los hombres como los otros hombres y de que el mar no me reservaba probablemente sorpresas especiales expresamente creadas para hacerme fracasar.

Llegado a esta tranquilizadora conclusión, me vino el deseo de fumar un cigarro y bajé en su busca. Todo el mundo, en la popa del buque, estaba profundamente dormido. Salí por el alcázar, holgadamente cómodo en mi pijama, durante esta tibia noche sin aire, a pie desnudo, un cigarro en los labios; y avanzando, me encontré frente a frente con el profundo silencio que se extendía por delante del velero. Al pasar por la cabina de la tripulación, no advertí sino el respirar profundo, confiado, de un marinero dormido. Y de pronto me alegré inmensamente de la vida segura del mar, comparada a las inquietudes de la tierra; me felicité por la elección que había hecho de esta existencia desnuda de tentaciones, de provista de perturbadores problemas, revestida de una belleza moral muy simple por la absoluta franqueza de sus exigencias y la sencillez de sus fines. El fanal, colgado en los obenques de mesana, brillaba con un fuego neto, apacible, especie de símbolo, confiado y claro en la sombra misteriosa de la noche. Siguiendo mi camino hacia la otra parte del navío, me fijé que la escala de cuerda, bajada sin duda para el patrón del remolcador cuando vino a buscar mi correspondencia, no había sido recogida aún. Esto me contrarió, pues la puntualidad en las pequeñas cosas es el alma misma de la disciplina. Pensé entonces que yo mismo había dispensado a mis oficiales del cumplimiento de su deber y, por mi propia iniciativa, había impedido que el turno reglamentario fuera establecido convenientemente. Me pregunté si era más prudente no intervenir otra vez en la rutina del servicio, aunque fuese con la mejor intención. Mi actitud debió hacerme aparecer como un individuo raro. Dios sabe de qué manera este segundo de barbas absurdas se *daría cuenta* de mi conducta, y lo que el buque

entero pensaría de esta irregularidad de parte de su nuevo Capitán. Me sentí durante algunos minutos verdaderamente molesto.

No seguramente por remordimiento, pero de modo mecánico, por decirlo así, me puse a recoger la escala. Una escala de velero es liviana, pero el esfuerzo vigoroso que yo hice y que habría debido levantarla por encima de la borda, produjo un choque enteramente inesperado. ¿Qué diablos sucedía? Estaba tan perplejo por la pesadez de la escala, que me quedé inmóvil, tratando *de darme cuenta*, como si hubiese sido ese idiota del segundo. Por último, miré por la borda.

El flanco del buque era una banda de sombra opaca en la débil luminosidad del vidrioso océano. Pero yo advertí algo alargado y de color pálido que flotaba cerca de la escala. Antes que yo tuviese tiempo de explicármelo, un rápido fulgor fosforescente que parecía brotar de un cuerpo desnudo pasó sobre el agua dormida, como inunda, fugitivo y silencioso, un relámpago de estío la amplitud de un cielo nocturno. La revelación de dos pies, de dos largas piernas, de unas anchas espaldas lívidas, sumergidas hasta el cuello en una luz verdosa, cadavérica, me cortó la respiración. Una mano, a flor de agua, permanecía agarrada al último tramo de la escala. Yo lo veía completo, menos la cabeza. ¡Un cadáver decapitado! El cigarro se desprendió de la boca abierta, con un ligero *flock* y un corto crepitar perfectamente perceptible en el absoluto silencio de todas las cosas bajo el cielo. Esto fué, supongo, lo que le hizo levantar la cabeza, óvalo de opaca palidez en el negro costado del buque. Pero aun entonces, apenas si pude distinguir la forma negra de la cabeza. Fué bastante, por lo demás, para disipar la sensación horrible, angustiante, que me oprimía. El momento de las vanas exclamaciones también había pasado. Trepé por el mástil de repuesto y me incliné por encima de la borda, todo lo que pude, para aproximar mis ojos a este misterio flotante.

Como él estaba en la escala, en la actitud de un nadador en reposo, los fulgores del mar jugaban alrededor de sus miembros a cada movimiento y aparecía liso, argentado, semejante a un

pez. Permanecía igualmente mudo como un pez. Ni siquiera trataba de salir del agua. Era inconcebible que no intentase subir a bordo; y extrañamente turbadora la idea de que quizá no tenía tampoco la intención. Mis primeras palabras obedecieron a esta incertidumbre.

—¿Qué hay? pregunté, con mi tono habitual, inclinado hacia ese rostro que me observaba.

—Un calambre, respondió en el mismo tono.

Luego, con ligera ansiedad:

—No hay para qué llamar a nadie, por supuesto.

—No tenía la intención, dije.

—¿Está Ud. solo en el puente?

—Sí.

No se por qué, tuve la idea de que estaba a punto de dejar la escala para ponerse a nadar de nuevo misteriosamente, como había llegado. Pero, por el momento, este hombre, repentinamente surgido como si brotase del fondo del mar, no se inquietó sino por la hora. Yo se la dije. Y él, entonces, arriesgó:

—Supongo que vuestro capitán está abajo, ¿no?

—Estoy seguro que no, respondí.

Pareció que hacía un esfuerzo por dominarse, pues yo advertí algo así como el sordo, amargo murmullo de la duda: ¿Para qué? Las palabras siguientes fueron pronunciadas con penoso titubeo:

—Y dígame, ¿podría hacerlo venir sin ruido?

Pensé que era tiempo de darme a conocer:

—Yo soy el capitán.

Yo oí un ¡caramba! murmurado al ras del agua. La fosforescencia brilló en remolinos alrededor de sus miembros, con la otra mano se apoderó de la escala.

—Me llamo Legatt.

La voz era tranquila, resuelta. Una voz varonil. La sangre fría de este hombre había producido en mí un estado de espíritu análogo; y tranquilamente le observé:

—Debéis ser buen nadador.

—Sí, estoy en el agua desde las nueve. La cuestión para mí

ahora es saber si debo dejar esta escala y continuar nadando hasta que me hunda de cansancio o bien... si voy a subir.

Comprendí que no decía eso por fórmula, sino que era el dilema ante el cual se encontraba un alma fuerte. Yo hubiera podido deducir que era joven; pues, en realidad, sólo los jóvenes son capaces de afrontar problemas tan decididos. Pero en este momento fué una pura intuición. Una corriente misteriosa se había establecido entre nosotros, frente a este mar tropical, silencioso y sombrío. Yo también era joven, bastante joven para no perderme en comentarios. El hombre se puso súbitamente a trepar la escala y yo me alejé rápidamente para buscarle algún vestido.

Antes de entrar en mi cámara me detuve en el pasillo, al pie de la escalera, para escuchar. Un débil ronquido atravesaba la puerta cerrada de mi segundo. La puerta del teniente estaba sólo enganchada, pero la oscuridad, adentro, era absolutamente muda. Era también joven, y podía dormir como un leño. Quedaba el *steward*, pero no era de esperar que se despertase sin que lo llamaran. Tomé un pijama en mi cabina y volviendo al puente, vi al hombre desnudo del mar sentado al borde de la escotilla, débil luz blanquecina en la oscuridad, los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Se cubrió rápidamente con el pijama, del mismo modelo a rayas grises que yo llevaba; y me siguió como mi doble por la toldilla. Juntos llegamos a la popa, silenciosos, los pies desnudos.

—¿Qué os ha pasado? pregunté con voz velada, tomando una de las lámparas encendidas de la bitácora y levantándola a la altura de su rostro.

—Un mal negocio.

Sus facciones eran regulares, una boca bien dibujada; ojos claros bajo, cejas espesas y negras: frontal cuadrado y recto, mejillas lisas, un bigotillo oscuro y barbilla redonda y voluntariosa. Su expresión concentrada, meditativa, bajo el brillo excrutador de la lámpara que yo le proyectaba en la cara, era la de un hombre que reflexiona profundamente, en una completa soledad. Mi pijama le venía perfectamente. Un muchacho bien

constituído, 25 años a lo sumo. Mordióse el labio inferior con el extremo de sus dientes blancos y regulares.

—Y bien, dije, colocando otra vez la lámpara en la bitácora. Sobre su cabeza se cerró de nuevo la pesada noche tropical.

—Allí abajo hay un navío, murmuró.

—Ya lo sé. La *Shépora*. ¿Sabían Uds. que estábamos aquí?

—No teníamos la menor idea. Yo soy el segundo. Se corrigió y dijo: Yo debiera decir: Era.

—¿Algún incidente?

—Sí. ¿Un incidente, dice Ud? He matado a un hombre.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo?

—No, durante la travesía. Hace algunas semanas, a 39° Sur. Cuando digo un hombre...

—¿Un arrebató quizá? insinué yo confidencialmente.

La cabeza sombría, negra como la mía, pareció sacudirse imperceptiblemente sobre el gris fantástico de mi pijama. Era, en la noche, como si me encontrase frente a frente de mi propia imagen reflejada en la profundidad de un sombrío e inmenso espejo.

—Bonito lance para un alumno de Conway, murmuró mi doble, distintamente.

—¿Habéis estudiado en Conway?

—Sí, dijo él como ausente. Luego, lentamente: ¿Ud. también quizá?

En efecto, pero dos años mayor que él, había abandonado el colegio antes de su llegada. Después de un rato de intercambio de datos, se hizo el silencio, y yo pensé de pronto en mi absurdo segundo, el de terroríficas patillas, y en la manera de demostrar su asombro «¡Dios me valga! ¿Quién lo hubiera pensado?» Mi otro yo me reveló un retazo de su pensamiento al decir:

—Mi padre es pastor en el Norfolk. ¿No me ve Ud. delante de un juez y los jurados bajo esta acusación? Por mi parte no veo la necesidad. Hay personas que un angel bajado del cielo... Y yo no soy un angel. Era uno de esos hombres que no hacen sino hundirse cada vez más en una especie de maldad incons-

ciente y tonta. Pobres diablos que no merecen vivir. No quería cumplir con su deber e impedía cumplirlo a los otros. Pero ¿a qué hablar de eso? Conocéis posiblemente bastante bien esta clase nociva de individuos.

Se refería a mí como si nuestra experiencia de la vida hubiera sido idéntica como lo eran nuestros vestidos. Y yo conocía muy bien, en efecto, el peligro de esas naturalezas contra las cuales no hay ningún medio de represión legal. Yo sabía también perfectamente que mi doble, frente a mí, no era un asesino. Yo ni siquiera pensaba preguntarle detalles, pero él me refirió la historia en frases bruscas, incoherentes. No me era necesario más. Yo lo ví como si estuviera metido dentro del otro pijama.

—Sucedió mientras colocábamos la vela de mesana, al caer la noche. Con un rizo. Podeis calcular por esto el tiempo que hacía. La única vela que nos quedaba para capear el temporal. Podeis imaginaros lo que había sido nuestra navegación durante muchos días. Maniobra difícil. En la escota empezó su cháchara. Yo estaba terriblemente exitado por este tiempo terrible que parecía no terminar nunca. Terrible, os lo aseguro, y un buque pesadamente cargado. Yo creo que el tipo mismo estaba medio loco de miedo. No era el momento para reproches corteses, por eso me volví y lo boté de una bofetada. Se levanta y me ataca violentamente. Nos apretábamos rabiosos en el instante en que una enorme ola caía sobre el buque. Los marineros la vieron venir y se refugiaron en los obenques, pero yo lo tenía por la garganta y lo sacudía como un ratón; los demás, encima, gritaban: ¡Atención, atención! Y luego un ruido espantable, como si el cielo se hubiese desplomado sobre la cabeza. Parece que, durante más de diez minutos, fué casi imposible distinguir otra cosa que los tres mástiles, algo del castillo de proa y de la toldilla, a flor de agua, corriendo desesperadamente en una sábana de espuma. Milagrosamente nos encontramos, abrazados, en la cercanía del cabrestante. Parece que yo no estaba de broma, pues aun lo tenía sujeto del cuello cuando nos recogieron. Tenía el rostro ennegrecido. Eso les

hizo perder la cabeza por completo. Nos arrastraron a popa, agarrados como estábamos, gritando: ¡Asesinato!, como locos; y se precipitaron en la cámara. Y el navío volaba sobre las olas: cada minuto, quizá el último de su vida, en un mar para enloquecer al que lo mirase. Parece también que el capitán se puso a delirar como los marineros. Este hombre no había pegado los ojos durante ocho días; y el ver que se le venía encima este incidente en lo más recio de un temporal de viento, lo puso fuera de sí. Yo me admiro de que no me haya arrojado al mar después de haberme arrancado de los brazos los restos de su precioso marinero. Parece que les costó bastante separarnos, se me dijo después. Historia suficientemente salvaje para hacer levantar los brazos al cielo a un viejo juez y a un respetable jurado. Lo primero que oí cuando me di cuenta de mi vida, fué el ulular enloquecedor del huracán y por sobre el huracán, la voz del jefe que, aferrado al borde de mi litera, enarcando las cejas severamente, me decía:

—¡Mister Legatt, habéis muerto un hombre! No podeis ejercer de segundo a bordo de este buque.

El cuidado que ponía en dominar su voz le daba una resonancia monótona. Puso su mano en el borde de la claraboya para sostenerse, y durante todo este tiempo permaneció extrañamente inmóvil.

—Linda historia para un five o'clock, terminó, con el mismo tono.

Una de mis manos se apoyaba también en la claraboya y también yo permanecía inmóvil. Estábamos muy cerca el uno del otro. Se me ocurrió la idea de que, si por azar el viejo «¡Dios me valga! ¿Quién lo hubiera creído?» pasase la cabeza por la ventanilla de su cámara y nos viese, pensaría que veía doble o se imaginaría haber caído en una escena de brujería; el extraño capitán en discreto conciliábulo, cerca de la rueda del timón, con su propio fantasma. Me vino la preocupación de impedir que nada de esto ocurriese. Oí al otro repitiendo a media voz:

—Mi padre es párroco de la pequeña Iglesia en Norfolk.

Evidentemente había olvidado que me había informado ya de este hecho importante. ¡Linda historieta, en realidad!

—Sería mucho mejor que bajásemos a mi cámara, le dije.

Avancé con precaución. Mi doble seguía mis movimientos; nuestros pies desnudos no hacían ruido alguno; lo introduje, cerré la puerta con cuidado y, después de haber llamado al Teniente, volví al puente para esperar mi relevo.

—Aun no hay señales de viento, le observé cuando estuvo cerca.

—No, capitán, no mucho, aceptó con voz ronca, con aire adormilado, con la necesaria deferencia, no más, y reprimiendo apenas un bostezo.

—Bueno. Es todo vuestro cometido. Ya sabeis lo que hay que hacer.

—Sí, capitán.

Di unas o dos vuelta por la toldilla y antes de descender lo ví colocarse a popa, el codo entre los obenques de mesana. Seguía el ronquido apacible del segundo oficial. La lámpara de toldilla brillaba sobre la mesa en la cual había un vaso con flores, atención amable del proveedor, las últimas flores que veríamos durante los tres meses, si no más, que iban a seguir. Dos racimos de bananas, colgadas del techo, balanceándose a ambos lados de la rueda del timón. Nada parecía haber cambiado a bordo, salvo que dos pijamas de capitán eran usados simultáneamente, el uno inmóvil en el puente, el otro muy tranquilo en la cabina del capitán.

Es necesario explicar aquí que mi cabina tenía la forma de una L mayúscula; la puerta estaba en el ángulo y se abría la parte corta de la letra. A la izquierda había un canapé, el lecho a la derecha; y el escritorio y la mesa de los cronómetros enfrentaban la puerta. Si alguien la abría, salvo que avanzase rectamente al entrar, no podía ver lo que llamo la parte larga de la letra. El muro contenía algunos armarios; y alguna ropa de vestir, uno o dos trajes, gorras, una chaqueta embreada y otros objetos por el estilo, estaban colgados en perchas. Al extremo de esta parte de la cámara había una puerta que se abría a una sala de baños, a la

cual se llegaba también por el puente; pero esta entrada no se utilizaba nunca.

El misterioso huésped había descubierto las ventajas de esta particularísima disposición. Al entrar en mi cámara, vivamente iluminada por una lámpara ventruda que se balanceaba encima del escritorio, no lo divisé por ninguna parte hasta que él mismo salió tranquilamente de detrás de los trajes colgados en el rincón.

—He oído pasar a alguien y me he metido allí detrás, sobre la marcha, murmuró.

Yo hablaba, igualmente, en voz baja:

—Nadie puede entrar aquí sin llamar y pedir permiso.

Levantó la cabeza. Su cara estaba enflaquecida y la piel se desprendía en escamas blanquecinas. No era extraño. Había estado, iba a saberlo, en arresto durante siete semanas. Pero nada de enfermizo había en sus ojos ni en sus rasgos. En realidad no se me parecía; sin embargo, como estábamos muy cerca, casi juntos, nuestras cabezas morenas, volviendo la espalda a la puerta, cualquiera que hubiese abierto por sorpresa habría tenido la doble visión de un capitán muy ocupado en charlar con su otro yo.

—Pero todo eso no me explica cómo habéis llegado a nuestra escala, pregunté, con uno de esos murmullos apenas perceptibles de que nos servíamos, después que me suministró algunos detalles de lo que había pasado a bordo de la *Shépora*, luego que pasó el mal tiempo.

—Cuando avistamos la punta de Java, yo había reflexionado mucho sobre mi situación. Seis semanas no había hecho otra cosa, salvo una hora del día que yo me paseaba en el puente.

Hablaba suavemente, cruzados los brazos en el borde de mi litera, los ojos en la claraboya abierta. Y podía imaginar perfectamente esta manera de reflexionar, una operación obstinada, si no constante: algo de lo que yo sería perfectamente incapaz.

—Pensé que al aproximarnos a tierra sería de noche, continuó, tan bajo, que yo tenía que hacer un esfuerzo para oirlo,

aunque estuviésemos tan cerca el uno del otro. Pregunté por el capitán. Tenía aún cierta mueca de asco pegada en los labios, como siempre que me veía, como si no pudiese mirarme de frente. Y sin embargo, esa vela había salvado al buque. No podía correr el temporal a palo seco. Y yo lo hice por él. Sea como sea, acudió a mi llamado. Cuando lo tuve en mi cabina, permanecía cerca de la puerta, mirándome ya como un condenado a muerte; y le pedí inmediatamente que no corriese el cerrojo de mi camarote en la noche, cuando el navío pasase el estrecho de la Sonda. La costa de Java estaba más o menos a dos millas. Y no pedí más. Yo obtuve un premio de natación, el segundo año de mi estadía en Conway.

—Lo creo, observé.

—¡Qué se yo por qué me encerraban con llave todas las noches! Al ver la expresión de sus caras, se habría dicho que yo era capaz de ir a extrangular las gentes en la noche. ¿Soy acaso un asesino sin Dios ni ley? ¿Tengo el aspecto de tal? A fe mía, que si hubiera sido uno de esos no se habrían arriesgado a penetrar en mi cámara todos los días. Le diré que pude echarlo a un lado y escapar: era de noche. Y bien; ¡no! Y por lo mismo no se me había ocurrido derribar la puerta. El ruido los habría hecho precipitarse sobre mí y no tenía deseos de arrojarme en una pelea. Alguno habría caído y Ud. puede imaginarse lo que me sucedería. No quería más asuntos de este género. Rehusó, cada vez más obstinado. Le tenía miedo a la tripulación y a su viejo teniente que navegaba con él hacía muchos años, un farsante de cabellera gris; ya su *steward*, que también lo había acompañado una porción de años, especie de vagabundo dogmático que me odiaba como a la peste, precisamente porque yo era el segundo oficial. Jamás se ha visto a un segundo hacer más de un viaje en el *Séphora*. Este par de viejos canallas gobernaban el barco. Sólo el diablo puede enterarse de qué cosa no tenía miedo el capitán (sus nervios deshechos por esa infernal tempestad) de los peligros, de la ley, de su mujer quizá. ¡Ah! ¡Si! También ella va a bordo. Aunque pienso que nada tiene que decir de mí. Sería feliz si me viese

dejar el buque por cualquier motivo. Un asunto del género de «la marca de Caín». Estaba resuelto a vagar por la tierra; y esto le habría costado caro a un Abel de su especie. En resumen, no quería saber nada:

— «La cosa debe seguir su curso. Yo represento aquí la ley».

«Temblaba como una hoja al decir esto».

— «¿Entonces no acepta Ud?»

— «No».

— «Bien. Podéis iros a dormir entonces; y le volví la espalda».

— «Yo me admiro que vos podáis dormir, exclamó, cerrando la puerta con llave».

Y después de esta escena, no pude dormir; por lo menos bien. Hace ya tres semanas. Nuestro viaje, a través del mar de Java, se había alargado considerablemente: diez días a la deriva en Carimata. Cuando anclamos aquí, pensaron, supongo, que todo iba bien. La tierra más próxima (a cinco millas) era el punto de destino; el Cónsul enviaría por mí muy pronto; y no había ninguna razón para escapar a los islotes de la costa. Creo que no hay ahí una gota de agua. No sé, en realidad, cómo sucedió; pero esa tarde, el *steward*, después de haberme llevado la comida, salió para dejarme comer y no cerró la puerta. Y comí aún con apetito. Después subí al puente. No me llevaba intención alguna. Tomar un poco de aire, tal vez. Que me era necesario indudablemente. Pero de pronto me tomó la tentación. Me descalcé y estuve en el agua antes de haberme decidido por completo. Alguien oyó el chapuzón. Se produjo un terrible bullicio a bordo. «¡Se ha escapado!» «¡Bajar los botes!» «¡Quiere suicidarse!» «¡No, está nadando!» En efecto, nadaba. No es tan fácil para un nadador como yo ahogarse voluntariamente. Llegué al islote más próximo antes que el bote hubiese dejado el buque. Oí los remos en la oscuridad, las voces con que se llamaban en la noche. Pero renunciaron a la persecución poco después. Todo se apaciguó y el lugar se llenó de un silencio de muerte. Me senté en una piedra y me puse a pensar. Yo estaba seguro de que me buscarían al amanecer. No había donde esconderse en esas rocas, y si hubiera habido, ¿qué objeto

tenía el quedarse? Pero me había librado de este buque y no pensaba volver a él. Poco después me desvestí, hice un paquete con mis vestidos, puse una piedra en el medio y lo arrojé al agua profunda, al otro lado del islote. Me bastaba ese suicidio. Pensasen lo que pensasen, no tenía la intención de suicidarme. Mi intención era nadar hasta el agotamiento, lo que no es lo mismo. Nadé hasta otro de los islotes y allí descubrí el farol de vuestro buque. Era un punto de referencia para mí. Avancé fácilmente y en el camino llegué hasta una roca plana que sobresalía un poco del agua. En pleno día alcanzaría a verse desde aquí con los gemelos. Subí y descansé un instante. Luego, reanudé la natación. Este último trayecto ha sido por lo menos de una milla o algo más.

Su murmullo se debilitaba más y más y durante todo este tiempo miraba la claraboya por la que no se podía ver ni una estrella. Yo no lo había interrumpido. Había en su relato o quizá en él mismo, algo que hacía imposible todo comentario; una manera de sentir, una cualidad a la cual no podía yo encontrar palabra para designarla. Y cuando terminó, lo único que pude decir fué:

—¿De modo que habéis nadado en dirección a nuestro farol?

—Sí, directamente. Era mi punto de mira. No podía ver estrellas bajas, las escondía el perfil de la costa y tampoco podía ver la tierra. El agua estaba lisa como un cristal. Me imaginaba nadar en una cisterna de mil pies, sin parte alguna donde reposar; pero lo que no me gustaba, era la idea de virar en redondo como un buey asustado, antes de dejarlo todo; y como no quería volverme... ¡No! ¿No me ve Ud. completamente desnudo, cogido por el cuello y forcejeando como un animal feroz? Alguno habría caído sin duda; y yo tenía bastante con el otro.

—¿Y por qué no subió Ud. a bordo? pregunté, levantando un poco la voz.

Me tocó ligeramente el hombro. Pasos tranquilos acababan de detenerse precisamente encima de nuestras cabezas. El teniente que venía del otro lado de la toldilla, debió inclinarse por el tragaluz.

—¿Podría oírnos tal vez? me dijo mi huésped al oído, como un soplo, ansiosamente.

Su ansiedad fué una respuesta, y suficiente, a la pregunta que acababa de dirigirme. Respuesta que contenía todas las dificultades de la situación. Cerré tranquilamente el tragaluz, por precaución. Podía haberse oído una palabra un poco más alta.

—¿Quién es? murmuró.

—Mi teniente. Pero me es tan desconocido como a vos.

Entonces le hablé un poco de mí mismo. Había sido nombrado capitán sólo hacía quince días, cuando nada esperaba de la suerte. No conocía ni el buque ni la tripulación. No tuve tiempo en el puerto de conocer las cosas y los hombres. En cuanto a éstos, lo único que sabían era que debía conducir el buque al punto de partida. Para el resto, era tan extraño a bordo como él mismo. Y en este momento tenía plena conciencia de ello. Comprendía que muy poca cosa bastaría para hacerme sospechoso a la tripulación.

Mientras decía esto se había vuelto y ambos, los dos extraños del buque, nos mirábamos en idéntica actitud.

—¡Vuestra escala! murmuró después de una pausa. ¿Quién hubiera pensado encontrarse una escala en la noche y en un navío anclado ahí mismo? En ese preciso instante empezaba ya a desfallecer. Ud. comprende que no estaba entrenado con la vida que llevaba hacía nueve semanas. Me sentía incapaz de nadar ni siquiera hasta la cadena del timón. Y he aquí que tenía una escala en la cual agarrarme. Después de haberla tomado le dije: ¿Y para qué? Cuando ví una cabeza humana que me observaba por la borda, pensé alejarme a nado inmediatamente y dejarlo gritar, en el idioma que fuese. No tenía inconveniente en que me viesen. Eso no me disgustó. Y luego, me habéis hablado con tal tranquilidad, como si me hubiéseis comprendido, lo que me hizo quedarme un poco más. Había tenido un período de extrema soledad; yo no quiero decir durante la natación. Estaba contento, porque podía hablar con alguien que no era del *Séphora*. En cuanto a la pregunta sobre el capitán fue puro impulso. Casi no tenía objeto, porque

todos me habrían visto y los otros llegarían en la mañana en mi busca. No sé, pero tenía la necesidad imperiosa de ser visto, de hablarle a alguien antes de seguir. «Linda noche, ¿no?» o algo por el estilo.

—¿Piensa Ud. que ellos estarán aquí pronto? pregunté incrédulamente.

—Es muy probable, dijo débilmente.

Me pareció, de improviso, un hombre extremadamente hueraño. Su cabeza se movía sobre los hombros de un modo raro.

—¡Hum! vamos a ver. Mientras tanto acostáos en mi litera, dije. ¿Queréis que os ayude? ¡Mirad!

Era una litera bastante alta, con cajones debajo. A este maravilloso nadador tuve que ayudarle a subir tomándolo de la pierna. Cayó sobre la litera, se dió vuelta y se cubrió los ojos con el antebrazo. Y así, la cara medio escondida, debía presentar, en esta posición, exactamente la misma apariencia que yo. Contemplé un instante este otro yo, antes de cerrar cuidadosamente las dos cortinas de sarga verde que resbalaban sobre una varilla de cobre. Pensé un segundo en prenderlas con un alfiler para mayor seguridad; me senté en el canapé; y una vez allí, no tuve valor para levantarme y buscar un alfiler. Lo haría más tarde. Estaba muy fatigado, con ese cansancio nervioso que produce la disimulación, el esfuerzo por hablar en voz baja y la secreta calidad de esta agitación interior. Eran las tres de la mañana y estaba en pie desde las nueve del día anterior; pero no tenía sueño; no habría podido dormirme. Permanecí en el canapé, agotado, la vista fija en las cortinas, tratando de escapar a la sensación confusa de estar a la vez en dos lugares y atormentado por desesperantes golpes secos que parecían resonar en mi cabeza. Fué un alivio el descubrir súbitamente que no era en mi cabeza sino en la puerta. Antes de recobrar plena conciencia, la palabra «entrad» había salido de mi boca y el *steward* penetraba con una bandeja, en la que venía mi desayuno. A pesar de todo, debí dormir y tuve tanto miedo que grité: «Por aquí, estoy aquí, *steward*».

como si hubiese estado a muchas leguas. Colocó la bandeja sobre la mesa, cerca del canapé, y sólo entonces dijo tranquilamente:

—Ya veo que estáis aquí, capitán.

Comprendí que me dirigía una mirada penetrante, pero no me atreví a mirarlo de frente. Debió preguntarse por qué había corrido las cortinas de mi cama antes de ir a acostarme al canapé. Salió, dejando la puerta entreabierta, como de costumbre.

Oí que la tripulación lavaba el puente sobre mi cabeza. Sabía que si hubiese existido la menor muestra de viento se me habría avisado inmediatamente. Calma chicha, pensé; y mi contrariedad se duplicó. Verdaderamente más que nunca me sentía doble. El *steward* reapareció de improviso en la puerta.

Salté tan rápidamente del canapé que él no pudo disimular un movimiento de retroceso.

—¿Qué quiere Ud. aquí?

—Cerrar vuestra claraboya, capitán. Están lavando el puente.

—Está cerrada, dije enrojeciéndome.

—Bien, capitán. Pero no se movía de la puerta y respondió a mi mirada de una manera extraordinaria, equívoca, durante un instante. Luego, sus ojos vacilaron: toda su expresión cambió, y con una voz dulce, inacostumbrada, casi acariciadora:

—¿Puedo entrar para llevarme la taza vacía, capitán?

—¡Por supuesto!

Le volví la espalda hasta que se fué. Entonces quité el gancho de la puerta y la cerré, corriendo el cerrojo. La cosa no podía durar mucho tiempo en esta forma. Además, la cámara estaba caliente como un horno. Miré a mi doble y advertí que no se había movido: su brazo permanecía aún sobre los ojos; pero su pecho se levantaba acompasadamente, sus cabellos estaban húmedos, su mentón mojado de sudor. Me subí por encima de él y abrí la claraboya.

—Es necesario que me vean en el puente, le dije.

Por supuesto, yo podía hacer lo que me conviniera, sin que nadie me contradijese en todo el círculo del horizonte; pero a

cerrar con llave la puerta de mi cabina y llevármela, no me atrevía. Apenas subí la escala, ví a mis dos oficiales, al teniente con los pies desnudos, al segundo con largas botas de caucho, cerca de la borda, y al *steward* a medio camino de la toldilla, hablándoles animadamente. Apenas me vió, siguió su camino; el teniente resbaló sobre el puente, ordenando cualquier cosa; el segundo vino a mi encuentro, la mano en su casco.

Había en sus ojos una especie de curiosidad que me disgustó. Yo no sé si el *steward* les había dicho solamente que yo era un «tipo divertido» o un ebrio, pero de lo que me convencí realmente era de que el hombre quería examinarme de cerca. Yo lo dejé venir risueño; al acercarse mi sonrisa hizo su efecto y pareció helar hasta sus barbas. No le dejé tiempo ni de abrir la boca.

—Bracear las vergas, antes que los hombres vayan a comer.

Era la primera orden particular que yo daba a bordo de este barco y lo que es más, permanecí sobre el puente para verla ejecutar. Había experimentado la necesidad de imponerme sobre la marcha. Este mozalbete irónico del teniente, bajó de un golpe dos o tres puntos en su orgullo sarcástico y yo aproveché la ocasión para mirar bien la cara de cada hombre de la tripulación, cuando desfilaron delante de mí para ir a las vergas. A la hora de almuerzo, sin poder probar bocado, presidí la mesa con una dignidad tan glacial que los dos oficiales se sintieron muy felices con salir de la cámara apenas la decencia se lo permitió; y sin cesar, este doble trabajo de mi espíritu me atormentaba hasta la locura. Vigilaba constantemente mi yo, mi yo secreto que dependía de mis acciones como mi propia persona, dormitando en esa litera, detrás de esa puerta que parecía mirarme, cuando estaba sentado en la mesa. Era tanto como estar loco y peor aún, porque yo tenía plena conciencia de ello.

Tuve que sacudirlo unos minutos; pero, cuando al fin abrió los ojos, fué en plena posesión de sí mismo, una mirada interrogativa clavada en el rostro,

—Todo va bien hasta el momento. Por ahora, es necesario desaparecer en la sala de baño.

Fué lo que hizo, silencioso como un fantasma. Llamé al *steward* y encarándome con él audazmente, le ordené ordenar mi cámara mientras yo me bañaba, y rápido. Mi tono no admitía réplica; dijo: ¡Sí, capitán! y corrió a buscar su cubo y sus escobas. Yo tomé un baño e hice casi toda mi *toilette* agitando el agua y silboteando para que el *steward* me tuviese presente, mientras el que participaba secretamente mi vida se mantenía tieso como un palo en este pequeño espacio; sus mejillas parecían más hundidas a pleno día; y los párpados permanecían caídos, bajo la precisa y negra línea de las cejas que un ligero fruncimiento aproximaba.

Al dejarlo ahí para volver a mi cámara, el *steward* terminó su limpieza. Hice llamar al segundo y lo entretuve en una conversación insignificante, como para divertirme con el carácter terrible de sus barbas, pero, en realidad, para darle ocasión de observar mi cabina. Entonces, completamente tranquilizado, cerré la puerta de mi cámara e hice entrar a mi doble. No había más que hacer. Bastaba con permanecer en una silleta de tijera medio escondido tras los gruesos trajes colgados allí. Oímos al *steward* entrar a la sala de baño por el salón y llenar los recipientes, frotar la bañera, colocar las cosas en orden, quitar el polvo, salir de nuevo, poner la llave y correr el pestillo. Esta era mi táctica para mantener invisible a mi segundo yo. No se podía idear nada mejor en estas circunstancias. Y permanecimos ahí, yo en mi escritorio, listo para aparecer ocupado en remover papeles al menor peligro; él, detrás de mí, vuelto a la puerta; no era prudente hablar durante el día; yo no podría soportar el enervamiento de esta extraña sensación de cuchichearme a mí mismo. De tiempo en tiempo, mirando por encima de mi hombro, yo lo veía en el fondo, sentado tiesamente en la silleta, los pies juntos, los brazos cruzados, el mentón sobre el pecho y perfectamente inmóvil. Cualquiera lo habría tomado por mí.

Yo mismo estaba fascinado. A cada instante me era preciso

echar una ojeada por el hombro. Estaba a punto de mirarlo, cuando una voz llamó desde la puerta:

—¡Perdón, capitán!

—¿Qué hay? Mis ojos permanecieron fijos sobre él y cuando la voz de afuera anunció: «Un bote que viene hacia el buque, capitán», lo ví estremecerse, primer movimiento que hacía desde muchas horas; pero no levantó la cabeza.

—¡Bueno! Bajar la escala.

Dudé en un principio. ¿Era preciso decirle algo? ¿Pero qué? Su inmovilidad pareció no haber sido turbada por la noticia. ¿Qué le habría dicho que él no supiese ya? Por último, subí al puente.

(Concluirá).